

Quizá el autor ofrezca una visión demasiado negativa del personal médico en Italia; y quizá también la conexión que propone entre las parroquias y el Asistente Religioso sea difícilmente factible en las grandes ciudades. En cualquier caso, creemos que su obra constituye una reflexión altamente importante para la humanización de la estructura sanitaria en la actual sociedad científico-tecnológica.—FIDÉLE PODGA DIKAM.

ANTOINE VERGOTE, *Amarás al Señor tu Dios. La identidad cristiana*, Sal Terrae, Santander, 1999, 294 pp., ISBN 84-293-1292-7.

Una obra interesante, cuyo punto de partida es una pregunta que sostiene todo el libro, sobre la identidad cristiana, la singularidad de lo cristiano frente al resto de las religiones, así como de la sociedad, partiendo de la situación de malestar en la que se mueven hoy los creyentes.

El cimiento sobre el que basa su respuesta a lo que es específicamente cristiano, el punto de arranque, es un texto evangélico, Marcos 12,28-30, donde Jesús contesta la pregunta de un escriba sobre el primer mandamiento. Ese es, para el autor, el núcleo del que deriva todo lo demás, con una apuesta clara por recuperar la fuerza del primer mandamiento frente al segundo (el amor al prójimo como a uno mismo), que considera como un comentario al primero. Intenta poner de manifiesto que el desplazamiento progresivo que se ha ido dando a lo largo de la Historia de la Iglesia — y más acusadamente en la actualidad— hacia el segundo mandamiento ha distorsionado el auténtico mensaje del Dios cristiano al dar lugar a una religión excesivamente volcada en lo ético. Según Vergote, esta inversión del orden de los mandatos provoca que la religión cristiana quiera «ante todo ser útil al mundo» por lo que «acaba destruyéndose a sí misma», porque «la fe que quiere ser esencialmente para el mundo escucha al mundo más que a Dios».

Esta idea es probablemente la más novedosa y sugerente de la obra, que a partir de este prometedor arranque continúa con un minucioso análisis comparativo sobre la experiencia religiosa que se genera desde este imperativo cristiano del amor a Dios en contraste con otras propuestas de distintas religiones y las diversas maneras de la filosofía de entender lo divino. Se detiene especialmente en rebatir el talante deísta que, según él, prima en nuestra sociedad actual y que está dando lugar a un irenismo preocupante.

Frente al tradicional peso de la teología de la redención, plantea dar mayor espacio, incluso prioritario, a la teología de la revelación, más volcada en el misterio de la autocomunicación de Dios y que supone el acercamiento y donación gratuita de Dios al hombre para convertirse en su interlocutor. De este modo, la experiencia de la relación se coloca en el centro de la vivencia religiosa. El esquema que sigue para esta propuesta parte del Dios que sale al encuentro del hombre (Dios habla), después, se da a conocer en la creación y en la historia (quién es ese Dios), y por último, se comunica en clave de amor (con su culminación en Jesucristo): para poder vivir el primer mandamiento hay que «dejar que su palabra tome forma en nuestro espíritu y se haga carne en nuestros sentimientos», es decir, asumir que Él nos amó primero.

A pesar de la solidez y contundencia del contenido teológico, no resulta difícil de leer ya que utiliza un lenguaje claro y asequible, dentro del círculo de los iniciados. Quizá el único defecto reseñable es la desproporción entre la brillantez de la propuesta inicial y su desarrollo posterior, un análisis excesivamente pormenorizado, que se acusa en el ritmo del libro. Además, abandona el tono divulgativo y casi periodístico del arranque para asumir después otro excesivamente académico que, sin aportar rigor, resta frescura.

Una última carencia que puede detectarse es que el autor no se detiene en considerar los riesgos que podrían darse en el caso contrario, es decir, en un desplazamiento a la inversa que cediese el protagonismo al primer mandamiento pero ignorese el segundo, cuando en realidad ambos van completamente unidos. Lo mismo que critica las consecuencias negativas del giro que se ha dado en este sentido en la Iglesia, se echa de menos que se detenga en el peligro de olvidar esta unión.—DOLORES LÓPEZ GUZMÁN.

CARMEN BERNABÉ (dir.), *Cambio de paradigma, género y eclesiología*, EVD, Estella (Navarra), 1998, 154 pp., ISBN 84-8169-219-0.

El libro parte del absoluto convencimiento de la necesidad de que en la Iglesia se produzca un cambio de paradigma, es decir, un giro radical en la forma de entender la realidad, basado en dar un mayor protagonismo a la visión femenina de la historia. Desde ahí se construye la obra, a partir de las ponencias presentadas en las II Jornadas de «Teología y Mujer» organizadas por la Asociación de Teólogas Española que se celebraron en octubre de 1997.

Consta de dos partes: la primera está más centrada en el análisis del problema del género desde una perspectiva global, marcada por la teoría feminista, que queda definida como una mirada crítica hacia las orientaciones tradicionales cuyo soporte ha sido siempre el punto de vista masculino-patriarcal; la segunda parte se detiene ya en una reflexión sobre las repercusiones que este cambio de paradigma tendría tanto en la concepción de la Iglesia como en la práctica eclesial.

Pese a partir de una premisa válida —el papel secundario que ha tenido la mujer en la historia universal y, concretamente de la Iglesia—, el libro cae en la tentación de pretender erigirse como paradigma necesario y remedio a todos los males que ha venido sufriendo el sexo femenino. No se presenta como un paradigma más con el cual hay que dialogar, sino como *el* paradigma, la teoría feminista por excelencia por la que es imprescindible pasar, pues se constituye «en el Pepito Grillo de los demás paradigmas en cuanto sexistas», y por ello afirma no poder renunciar a ciertas «pretensiones normativas» de carácter universal.

Además, peca de una visión parcial y unilateral, interpretando siempre la historia en clave de ejercicio de poder en contra de la mujer, con una actitud excesivamente militante (habla de la inclusión de lo femenino, pero sin explicitar en ningún caso la necesaria potenciación simultánea de lo masculino). Se cae así en una pérdida importante de objetividad y de rigor, además de una patente generalización, ya que no tienen el menor recato en incluir a todas las mujeres en sus reivindicaciones.

Esta generalización también se traduce en radicalismo en las expresiones, como cuando se refiere a «la mitad de la humanidad, excluida» mientras que en la histo-